

APUNTES SOBRE LA VESTIMENTA Y LOS ADORNOS DE LOS CACIQUES TAÍNOS DE LAS ANTILLAS Y DE LA PARAFERNALIA ASOCIADA A SUS FUNCIONES MÁGICO-RELIGIOSAS

Ricardo E. Alegría

Los libros de historia que describen la cultura de los indios taínos que poblaron las Antillas Mayores, los museos donde se exponen sus objetos así como las investigaciones arqueológicas que se han realizado en las diferentes islas no han podido cambiar la imagen estereotipada de que los taínos, los primeros indios en establecer contacto con los conquistadores españoles, eran unos indios desnudos que poseían una cultura muy poco desarrollada. Algunos de los objetos que se conservan en los museos de América y Europa, sin embargo, hacían sospechar que el desarrollo artístico de la cultura taína había sido mucho mayor de lo que se creía.

El hecho de que la sociedad taína fue la primera en recibir el impacto de la conquista europea fue responsable de que la misma desapareciera tan rápido, no habían pasado cincuenta años de su encuentro, cuando ya la misma se había desintegrado. No hubo mucho tiempo para poder recoger la información etnográfica sobre la misma, y aparte del corto recuento que nos dejó fray Ramón Pané de algunas de sus creencias mágico-religiosas los otros cronistas sólo ofrecen algunos datos aislados sobre diversos aspectos de su cultura. No debemos olvidar que los dos principales cronistas de las Antillas Mayores, Las Casas y Oviedo comenzaron a escribir cuando ya la sociedad taína estaba herida de muerte. Bartolomé de las Casas llegó a las Antillas en 1502, trece años después de iniciada la conquista y no comenzó a escribir hasta décadas más tarde. Gonzalo Fernández de Oviedo llegó a las Antillas en 1514 y ya era tarde para conocer el esplendor cultural de los taínos de la Española, Puerto Rico, Jamaica y el este de Cuba. Los taínos no contaron con su Sahagun o un Motolinía que se interesasen por recoger su historia cultural.

Mas a pesar de estas limitaciones, no faltan en las fuentes etno-históricas información que recogida y ordenada, y a la vez interpretada y corroborada con objetos culturales que se conservan en colecciones privadas y en museos, permiten reconstruir importantes aspectos de la cultura taína.

Ahora sólo nos interesa llamar la atención a la riqueza artística que envolvía a los caciques o jefes de la sociedad taína. El estudio de la institución del cacicazgo antillano nos permite apreciar el desarrollo político, social y artístico que manifestaban los taínos al momento de su

encuentro con los españoles. Buena parte de la sociedad taína giraba alrededor del cacique ya que este no sólo era la autoridad política, sino que también era la principal figura religiosa y el intermediario entre los hombres y los dioses. Algunos caciques a su muerte se convertían en semi-dioses y sus restos mortales, formaban parte de poderosos ídolos.

Los caciques taínos tenían muchos privilegios entre los que destacaba su vestuario y adorno corporal. El cacique también era poseedor de una serie de artefactos que formaban parte de una parafernalia íntimamente vinculada con sus funciones mágico-religiosas. Veamos lo que los cronistas y otras fuentes etno-históricas nos pueden decir sobre el vestuario especial de los caciques antillanos y los adornos que les distinguían.

Aunque siempre se ha pensado del taíno como el indio desnudo, hay evidencia histórica de que los caciques hacían uso de ropajes especiales y de adornos corporales en los cuales el uso del oro era frecuente. La vestimenta de los caciques taínos incluía túnicas de algodón y ropajes hechos con las vistosas plumas de colores de las aves que entonces abundaban en las islas.

Pedro Mártir de Anglería refiere que durante el primer viaje de Cristóbal Colón, mientras recorría las costas de Cuba, sus hombres vieron “un hombre vestido con una túnica blanca” que creyeron era un fraile. (*Décadas*, Lib. III, Cap. VI: 38). El hijo del Almirante haciendo uso de los documentos de su padre, también describe el incidente diciendo que un marinero contó que entre ellos [los indios] “había visto uno con un vestido blanco que le llegaba hasta las rodillas y dos que lo traían hasta los pies” (F. Colón, *Historia...* 1892, Vol. I, Cap. LVI: 251). En Cuba un cacique informó a Colón que había andado mucho hacia el occidente de Cuba y que el cacique de aquella tierra se vestía como sacerdote” (Ibid. Cap. LVII: 257).

Michael Cuneo, el aventurero italiano que acompañó a Colón durante su segundo viaje al referirse a aspectos de la religión taína de la Española refiere que a un hombre lo vestían como un ídolo y “anda vestido con una manera de saco de tela de algodón” (M. Cuneo, *De Novitatibus Insularis*, en C. Vidal, *Cristóbal Colón, genovés*, Barcelona, 1929: 292).

Martir de Anglería (Op. cit., p. 501) describe la vestimenta de los indios de las Bahamas, diciendo:

“...los hombres van desnudos, a no ser que salgan a la guerra, o cuando en los días festivos, dedicados a baile y danzas, se ponen vestidos de plumas de varios colores y penachos por elegancia”

La información sobre la vestimenta y el adorno corporal de los caciques taínos se enriquece notablemente con el estudio del “Inventario del tesoro de los indios de la Española” que obtuvo Colón entre 1495 y 1496 (Alegría, 1980). En este se especifica que entre las cosas que se obtuvieron en el despojo del cacique Caonabó, se obtuvo “una ropa de plumas”. En este *Inventario* también se menciona otra “ropa de plumas” que se obtuvo por rescate.

El tesorero de la Española, Miguel de Pasamonte en el año 1518 envió, desde la Española, a la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y entonces esposa del rey Enrique VIII de Inglaterra, “una ropa de las que acá [La Española] usan los caciques cuando hacen unas fiestas grandes.” El envío se hace con fray Ricardo, fraile inglés. (233)

Mas no sólo los caciques hacían uso de vestimentas especiales, sino que sus mujeres, las llamadas cacicas, así como sus madres, hermanas e hijas también hacían gala de *naguas* especiales. Las Casas (1927, I: 463) describe así las *naguas*:

“eran unas como fadillas que traían las mujeres desde la cinta hasta media pierna, tejidas y con labores del mismo algodón.”

Documentos de los años de la conquista de las Antillas hacen referencia a “naguas de areyto” (Alegría, 1979) o sea *naguas* usadas en las celebraciones socio-religiosas de los taínos. Estas aparentemente estaban enriquecidas con miles de pequeñas cuentas de concha de caracol y piedra. En el *Inventario* de Colón (Op. Cit.) se registran 54 *naguas*. Diez de estas *naguas* fueron obtenidas del despojo del cacique Caonabó. Otras tres fueron traídas por indios de di-

cho cacique. El hecho de que Colón tomó y evaluó estas *naguas*, demuestra que eran objetos de especial valor. Debemos recordar que la cacica Anacaona regaló a Bartolomé Colón *naguas* ricamente tejidas.

La mejor descripción de la vestimenta y adorno de un cacique taíno, y sus familiares y allegados nos la ha dejado el propio Cristóbal Colón al relatar la visita que a su carabela, anclada en una bahía de Jamaica, durante el Segundo Viaje, le hizo un cacique taíno acompañado de su mujer, hija y otros servidores. Esta descripción que Colón recogió en su *Diario* de a bordo y copió parte del mismo. Chanca también se refirió a esta visita, aunque no sabemos si estaba acompañando al Almirante en ese momento o si por el contrario obtuvo la información de la lectura de la Carta-Relación.

Recientemente en Tarragona se encontró un libro-copiador de Cristóbal Colón donde se hallaba una copia de la Carta-Relación del Segundo Viaje a los Reyes, así como otros documentos descriptivos de la estada del Almirante en la Española durante el año 1494. El hallazgo de esta Carta-Relación ahora nos permite poder conocer la propia descripción de Colón sobre la visita del cacique jamaquino y sus acompañantes a la carabela colombina. Esta descripción nos ofrece una mejor visión de la vestimenta y los adornos de la clase cacical antillana antes de que la conquista española hubiese desintegrado su cultura.

Refiere el Almirante:

Una de las canoas hera mui grande, a tanto como una gran fusta, y mui pintada; allí venía a su persona y la muger y dos hijas, la una hera de hedad de dies y ocho años, fermosísima, desnuda del todo, como acostumbran y onestísima, la otra hera más moza, y dos hijos, muchachos, cinco hermanos y diez y ocho criados, los otros todos devían de ser vasallos; venía él con mui buena horden, traía en su canoa un hombre como alférez, éste solo benía en pie, en la proa de la canoa, con un sayo de plumas coloradas de la mesma fechura de cota de armas, y en la cabeza un gran plumaje, que parecía mui bien, y traía, en la mano, vadera mui larga y angosto, de algodón texida, y hera blanca, sin señal alguna; dos o tres hombres venían con las caras pintadas de colores, de una misma guisa, y cada uno traía un gran plumaje de fechura de zosalada, y en la frente una tableta rredonda tan grande como un plato y pintada, así la una como la otra, de una mesma obra y color, que no avía diferencia ansí como en los plumaje y otra lebreá; traían éstos en las manos dos juguetes, con que tañían, y otros dos, ansí pintados en otra forma, éstos traían dos trompetas mui labradas, a pájaro e otras sotilezas, no eran de metal y salvo de évano negro mui fino; cada uno traya un sombrero mui lindo de plumas verdes y mui espesas y sutil obra y no blancas, como otros seis, que venían todos juntos en guarda de las cosas de su comarca; y él traya al pescuezo una joya de alambre, de una ysla, ques aquí en esta comarca, que se llama Guani, ques mui fino, a tanto que parece oro de ocho quilates; hera de fechura de una flor de lis y grande como un plato; traía al pescuezo con un sartal de cuentas grandes de piedras mármol, que también tienen un gran precio, y en la cabeza, traía una guirnalda de piedras menudas y coloradas, puestas en horden y entremetidas, algunas blancas maiores, no sin razon adonde bien parescia; una joya grande colgava sobre la frente, y a las orejas le colgavan dos grandes tabletas de oro con unas sarticas de cuentas de mármol, menudas; y otras sarticas allí traya de cuentas menudas, más verdes; y traya un cinto que, aunque anduviese desnudo, de la misma obra de la guirlanda, y todo el otro del cuerpo descubierto; e ansí la muger, salvo un solo miembro, que de una cosilla, no maior que una foja de naranjo que, de algodón, para ello fazen; traya a los brazos, junto con el sobaco, un bulto de algodón hilado enbuelto que benía, en semejanca de la palaces de los jubones antiguos de los franceses; no hera este bulto a tan grande como el otro que traya debajo de la rrodilla, en cada pierna; la hija más fermosa toda andava descubierta, un solo cordón de piedras mui negras y menudas solamente traya, ceñido del qual colgava una cosa de fechura de una oja de yedra de piedras verdes y coloradas y pegadas sobre algodón tejido.”

Otro de los objetos de la vestimenta ritual de los caciques taínos eran unos adornos de

cabeza, especie de bonetes que se colocaban en la parte superior de la cabeza. En la Española Cristóbal Colón recibió del cacique Goacanagarí “un bonete de algodón cubierto con hoja de oro”. El Dr. Chanca (1858: I, 365) refiere que durante el segundo viaje el mismo cacique regaló al Almirante “un bonete de la misma pedrería”. En este caso el bonete estaba cubierto con adornos de concha de caracol y cuentas de piedra. Chanca nos informa que los indios tenían estos adornos en mucha estimación. En el bonete a que alude Chanca había una joya de oro o guanin. (Chanca, “Carta” en *Colección de Viajes*: 365)

Estos bonetes a veces aparecen representados en las esculturas de madera y piedra de los taínos. En el ídolo de la cojoba llamado “De los Gemelos” escultura en madera de la Española y en la cual aparecen dos figuras acucilladas sobre un *dujo* o asiento ceremonial, estos muestran unos bonetes que le cubren la parte superior de la cabeza.

Otra importante pieza de la vestimenta de los caciques taínos eran los cinturones tejidos de algodón y enriquecidos con cientos de cuentecillas de concha de caracol y piedra, así como con pequeñas máscaras de oro o de otros materiales. Así aparecen indicados en pequeñas esculturas de piedra y barro, como en el vaso efigie de la Española que se conserva en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

Las Casas (*Apologética*, Cap. LXI, 156-157) se refiere a estos cinturones de los caciques diciendo:

“... hacían y tenían unos cintos tan anchos como tres buenos dedos, que se ceñían, de la misma pedrería y hechos en ellos diversas labores, dellas blancas y coloradas, y por la parte de dentro, que decimos del revés, donde se parecía todo el hilo de algodón con que las piedras estaban asentadas o cosidas, era de ver cuantos lazos y vueltas como si estuviera pintada, tenía. Era tan recio este cinto con la pedrería y con el hilo con que estaba cocido, que una ballesta por recia que fuese, antes de dos cotas de mallas juntas, que al cinto pasaría.”

El padre Las Casas refiere que de estos cinturones llevó Colón a los Reyes Católicos y estos, según nos cuenta el fraile, “consideraron y alabaron mucho su artificio... (Ibid. p. 157).

Fernando Colón también se refiere a los cinturones de algodón tejido y enriquecidos con cuentas de conchas de caracol y piedra que usaban los caciques y nos hace saber que en la Española un cacique “...dio al Almirante ocho ceñidores de cuentecillas de piedras blancas, verdes y coloradas”. El hijo del almirante también nos dice que el cacique también le dio otro ceñidor o cinturón “trabajado en oro”. (Op. cit. Cap. XLIX: 219)

En el *Inventario* del tesoro de los indios que tomó Colón también se incluyen los cinturones tejidos de algodón con adornos de concha de caracol, piedras de colores, lámina de oro y máscaras o guayzas. En el *Inventario* se describen así:

- un cinto
- cinto con cara verde e dos hojicas de oro
- cinto con cara, con cuatro hojas de oro, que trajeron los indios de Caonabó
- cinto con una cara que tiene 15 hojuelas de oro
- cinto con dos caras e ocho cañitos de hoja de oro
- cinto sin oro
- cinto tomado de Caonabó

Uno de estos cinturones de caciques, quizás el de Caonabó, ha subsistido, posiblemente enviado por los Reyes Católicos o por el Emperador Carlos V a algún príncipe alemán y afortunadamente se ha conservado en el Museo Etnográfico de Viena. El mismo corresponde con la descripción que nos dejó el padre Las Casas. En la colección García Arévalo de Santo Domingo, se conserva otro extraordinario cinturón hecho con pequeñas cuentas de concha de caracol y el cual es el único encontrado arqueológicamente.

Los cinturones de los caciques como hemos podido ver, con frecuencia, estaban enriquecidos con máscaras, carátulas o *guaizas* como las llamaban los taínos. En el *Inventario* de los objetos recogidos por Colón en la Española se destacan 45 *guaizas* o máscaras. Algunas de estas estaban hechas de algodón tejido o de madera, enriquecidas con adornos de concha de caracol y lámina de oro. Ventisiete de las máscaras tenían adornos de hoja de oro. Algunas de estas máscaras o *guayzas* las aportó un hermano del cacique Caonabó. En el *Inventario* se enumeran:

- 3 carátulas con 19 piezas de oro
- una cara con diez hojas de oro
- 14 *guayzas* labradas de algodón e piedras las tres con siete hojuelas de oro. Estas eran del despojo de Caonabó
- 4 *guayzas*, las dos con diez hojicas de oro
- otra *guayza* con cuatro hojas de oro
- cinco *guayzas* con ocho hojas de oro
- 3 *guayzas* con once hojicas de oro que trajeron unos caciques
- una cara con tres hojas de oro
- 5 *guayzas* con quince hojuezas de oro
- una carátula de algodón con 9 hojas de oro
- 4 *guayzas* con “veinte e una hoja de oro”
- 2 *guayzas* “que son carátulas con 9 hojas de oro que se suscieron e peso el oro de una de las 4 onzas...”
- una carátula con siete piezas de hojas de oro, que se tomo a Caonabó e sus herederos.

Las Casas (*Apologética...* Cap. LXI, p. 156-157) al describir el adorno corporal de los caciques se refiere a las *guayzas* o pequeñas máscaras de lámina de oro o de concha de caracol, diciéndonos:

“Estas caras o figuras, se llamaban *guayzas*, la letra y luenga, las hacian fuera de los collares para ponerse sobre la cabeza de los señores y reyes, colgabanles por detras dos tirasoles como los que cuelgan de las mitras de los obispos, todos de la misma manera, llenos de pedrería.”

Fernando Colón en la Historia de su padre (*Historia*, 1892, I Cap. XXXIII: 145) refiere que en la Española el cacique Guacanagarí le dio al almirante “... unas máscaras, con los ojos y orejas grandes de oro y otras cosas muy lindas, que se traen al cuello”.

En su carta-relación a los reyes sobre lo acontecido durante el segundo viaje, Colón les refiere como al llegar a la Española, llegó una canoa con un enviado del cacique Guacanagarí que le traía: “una carátula de oro de persona... y otra al capitán de la nao Antonio de Torres...” (*Libro Copiador* — II:455). Más tarde refiere que el cacique le envió “un bonete de oro y otro a Marque, criado de Rodrigo de Ulloa, capitán de la carabela” (Ibid. 451).

Colón relata que el cacique Guacanagarí “se quito una joya de alambre (cobre) que traía en la frente y me la puso en la mía, con una corona en la cabeza diciéndome que todo esto fue de un rey de Mareri” [Marien]. Colón también relata que cuando tomaron prisionero al hermano de un cacique, el cacique le envió “una carátula de oro” para que lo librase (*Libro Copiador* II: 480). Bernaldéz (Op. Cit. II, Cap. CXXXI:78) también se refiere a otros adornos de caciques que llevó consigo Colón, las llamadas coronas:

“Trujo entonces el almirante muchas cosas de allá de las del uso de los indios, coronas, caratulas, cintos, collares y otras muchas cosas entretrejidias de algodón, y en todas figurando el diablo en figura de gato, o de cara de lechuza o de otras peores figuras... Trujo unas coronas con unas alas y en ellas unos ojos a los lados de oro, y en especial traía una corona que decían que era del cacique Caonaboá, que era muy grande y alta y tenía a los

lados estando tocada unas alas como adarjas y unos ojos de oro tamaño como tazas de plata de medio marco, cada uno allí asentado como esmaltadas, con muy sutil y extraña manera y allí el diablo figurado en aquella corona y creese que así se les aparecía... (Ibid., p. 78-79)

Fernando Colón (Op. cit. Cap. XLIX:219) también refiere que el cacique Goacanagarí de la Española dio al almirante “una corona real también de oro”.

Las Casas (Op. cit.) quien como sabemos llegó a la Española en 1502, nueve años después de iniciada la conquista y colonización y cuando ya la cultura taína estaba herida de muerte al referirse a estos adornos de cabeza de los taínos que Colón llevó a los Reyes Católicos después de su segundo viaje al Nuevo Mundo declara que no sabe de que eran hechas estas “porque no las vide, ni entonces ni despues vide cosa que los indios desta isla hubiesen hecho prima, mas de unas hojas de poco artificio para las orejas de las mujeres hacian...”.

Los caciques taínos también se adornaban con vistosos collares de cuentas de piedra y concha de caracol, así como con cadenas de oro. Este detalle es de especial interés pues aunque sabemos que en las Antillas no se conocía la tecnología para fundir los metales, todo parece indicar que con hilos de oro trabajadas a martillo se hacían cadenas con eslabones de oro, aunque siempre hay la posibilidad de que estas cadenas fuesen obtenidas por intercambio de América del Sur.

Entre 1495 y 1496 cuando aún los conquistadores españoles no habían iniciado la fundición de oro, Colón obtuvo de “los despojos del cacique Caonabó” una cadeneta de oro que recibió el adelantado Bartolomé Colón. Es posible que esta cadeneta que pesaba cinco onzas, tres ochavos e tres tomines de oro, fuera la misma que según algunos cronistas, Colón le hacía poner al cacique Diego —supuesto hermano de Caonabó, quien lo acompañó a España al regreso del segundo viaje— cuando el séquito colombino pasaba por los pueblos. El Cura de los Palacios, quien recibió a Colón y a su séquito (Bernaldéz, Op. cit., 1869, II:78) refiriéndose a este particular dice:

“traía un collar de oro el dicho D. Diego, hermano del dicho Caonabo, que le hacia el Almirante poner cuando entraba por las ciudades o lugares, hecha de eslabones de cadena, que pesaba 600 castellanos, el cual yo ví y tuve en mis manos y por huespedes en mi casa...”

La importancia que tenían los collares de cuentas de piedras es mencionada por Las Casas (*Apologética*, Cap. CXCIX:521) cuando refiere:

“los señores y los demas compraban a los padres las hijas que habían de ser sus mujeres, enviandoles por paga ciertas sartas de cuentas que llamaban *cibas*, por excelencia que quiere decir piedras, porque *cibas* llamaban a todas las piedras, y *cibas* a estas cuentas, por excelencia, como cosa que tenían por muy preciosa y de gran estima; estas piedras o cuentas, ambas dirimos que parecían poco menos que muelas podridas.”

Uno de los distintivos del cacique era el medallón de oro bajo o *guanín* que llevaba colgado del cuello. Este distintivo, por el metal de que estaba hecho era denominado *guanín*, una aleación de oro y cobre.

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia*, Vol. 3, Lib. 16, Cap. IX:213) al describir los episodios de la conquista de la isla de San Juan de Puerto Rico describe la batalla entre los indios bajo el liderato del cacique principal Agueybaná y los conquistadores españoles bajo Juan Ponce de León y refiere:

“En esta batalla Juan de León... se desmandó de la compañía por seguir tras un cacique que vido salir de la batalla huyendo, e llevaba en los pechos un guanin o pieza de oro de las que suelen los indios principales colgarse al cuello.

El padre Las Casas (*Apologética...*, Cap. CXCIX:521) se refiere al *guanín* que era una aleación de oro y cobre que indudablemente llegaba a las Antillas a través del comercio con las costas venezolanas que a su vez lo recibían de Colombia, y nos dice:

“Daban tambien por precio ciertas hojas de guanin, que era cierta especie de oro bajo que ellos olian y tenian por joyas preciosas, para ponerse colgadas de las orejas; pesaban las que de mayor peso eran; obra de medio peso o de un ducado, y en tanto grado era estimado este guanin, la última silaba lengua, destas gentes, por el olor que en el sentían, o por alguna virtud que haber en el creian, que acaeciò valer aquellas hojas, que no pesaban sino lo que digo.”

Las Casas nos deja saber que los propios españoles hacían uso de estos *guanines*, que aparecen con frecuencia mencionados en los documentos históricos, “para darlos a la hija de algun cacique y señor de aquellos, porque el señor les diese a ellos lo que pretendían...” El fraile también nos dice que las hojas de *guanín* que se usaban como adornos en las orejas llamaban *taguaguas*.

Entre los objetos ceremoniales que formaban parte de la parafernalia de los caciques para el rito de la cohoba, estaban las espátulas vómicas. Estas eran hechas de madera, hueso y concha de caracol y a veces eran enriquecidas con incrustaciones de lámina de oro. El cronista Pedro Martir de Anglería (1944:555) describe así el uso de estas espátulas vómicas:

“...a fin de ser progados sean mas agradables a la deidad, metiendose en la garganta hasta la epiglotis, o digamos hasta la campanilla, la paleta que cada uno lleva siempre en la mano en tales dias, vomitaban y evacuaban el estomago hasta no dejar nada”

En el *Inventario* de los objetos recogidos por Colón en la Española se registra “una purgadera con veinte e nueve pintas de oro”.

En las investigaciones arqueológicas se han encontrado bellas espátulas vómicas, artísticamente talladas en hueso de manati, concha de caracol y madera. En algunos casos las espátulas están decoradas con relieves representando figuras antropomorfas y zoomorfas y enriquecidas con incrustaciones de concha de caracol y de lámina de oro. La espátula mencionada en el *Inventario de Colón* con 29 “pintas o incrustaciones de oro, pertenecía al botín que se le tomó al cacique Caonabo.

Otro importante artefacto asociado al ritual de la *cojoba* eran los inhaladores de *cojoba*. Fernando Colón en su *Historia del Almirante* (1892; I:277) describe así el uso de estos:

“se metían en las narices una caña de dos ramos, con la cual sorben aquel polvo”

En el *Inventario* de Colón se registran “quatro perfumadores de narices con once pintas de oro”. Es posible que estos fuesen de madera y similares al que se descubrió en la Goinave, Haití, hace unos años, y que se conserva en la Colección Maximilien, de ese país. En investigaciones arqueológicas se han encontrado otros inhaladores hechos de barro, hueso y concha de caracol pero ninguno como los descritos en el *Inventario*.

Así podríamos seguir aludiendo a otros adornos corporales y objetos de la parafernalia de los caciques que contribuyen a cambiar la imagen estereotipada que tenemos del indio antillano, como uno desnudo, con una gran pobreza de adornos corporales y poseedor de una cultura muy sencilla.

BIBLIOGRAFIA

Alegría, Ricardo E.

- 1979 "Etnografía Taína y los conquistadores", *Revista del Museo de Antropología, Historia y Arte de la Universidad de Puerto Rico*, Núm. 1, Julio-Diciembre, Río Piedras, P.R.
- 1980 *El tesoro de los indios taínos de La Española y Cristóbal Colón*. Fundación García Arévalo, Inc. Santo Domingo, R.D.
- 1981 *El uso de la incrustación en la escultura de los indios antillanos*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, con la colaboración de la Fundación García Arévalo, Santo Domingo-San Juan.
- 1983 "Aspectos de la cultura de los indios taínos de las Antillas Mayores en la documentación etno-histórica", *La Cultura Taína*, Biblioteca del V Centenario, Madrid.

Angleria, Pedro Mártir de

- 1944 *Décadas del Nuevo Mundo*, Editorial Bajel, Buenos Aires, 2 vols.
- 1964 *Décadas del Nuevo Mundo*. José Porrúa, México, 2 vols.

Bernaldéz, Andrés

- 1896 *Historia de los Reyes Católicos*. Biblioteca de Autores. Madrid.

Casas, Fray Bartolomé de las

- 1909 *Apologética Historia Sumaria*. Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Vol. XIII. Madrid.
- 1957 *Historia de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, 3 vols. Madrid.

Chanca, Diego Alvarez

- 1858 *Segundo Viaje de Cristóbal Colón*, en *Colección de los Viajes y Descubrimientos...* Editor M. Fernández de Navarrete, Vol. I, Madrid.

Colón, Cristóbal

- 1961 *La carta de Colón*. Editor, Carlos Sanz. Madrid.
- 1962 *Diario de Colón*. Extractado por Fray Bartolomé de las Casas, Editor, Carlos Sanz, Madrid.

Colón, Fernando

- Historia del Almirante D. Cristóbal Colón...* 2 vols. Madrid.

Cuneo Michael,

- 1929 "De Novitatibus Insularis" en C. Vidal, *Cristóbal Colón*, Genovés. Barcelona.

García Arévalo, Manuel

- 1977 *El Arte Taíno de la República Dominicana*. Museo del Hombre Dominicano. Santo Domingo, R.D.

Oviedo, Gonzalo Fernández de

- 1851 *Historia General y Natural de las Indias...* 3 vols. Madrid.

Rumeu de Armas, Antonio

- 1989 *Libro Copiador de Cristóbal Colón*, 2 vols. Colección Tabulae Americae, Madrid.

Shcweeger-Hegel, Anne Marie

- 1966 "Ein Patfelhaftes Stuck Ana Der Altern Ambaser Dommlung". *Archiv fur Volkesunde*. Bund VI-VII.

Torres de Mendoza, Luis (Editor)

- 1865-1884 "Relación del oro e joyas e otras cosas que el señor Almirante ha recibido..." en *Colección de Documentos Inéditos, Relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonización de las Antiguas Posesiones Españolas de América y Oceanía*. 42 vols. (vol. X). Madrid.

Vega, Bernardo

- 1972 "Un cinturón tejido y una careta de madera de Santo Domingo, en el período de transculturación taíno-español". *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Núm. 3, Santo Domingo, págs. 199-226.

1973 "Descubrimiento de la localización del único cemí de algodón antillano aún existente", *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*. Universidad Autónoma. Año II Vols. 2-3, Santo Domingo.

Veloz Maggiolo, Marcio

1972 *Arqueología Prehistórica de Santo Domingo*. Mc Graw-Hill, Singapore.



Idolo de algodón tejido, representando a un cacique. En la cabeza se encuentra el cráneo del cacique. Los ojos son de concha de caracol. Encontrado en una cueva en Santo Domingo. Museo de Turín.



Espátula vómica tallada en hueso de manatí. Santo Domingo. Colección privada.

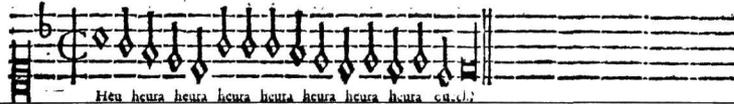
228

Historia Nauigationis

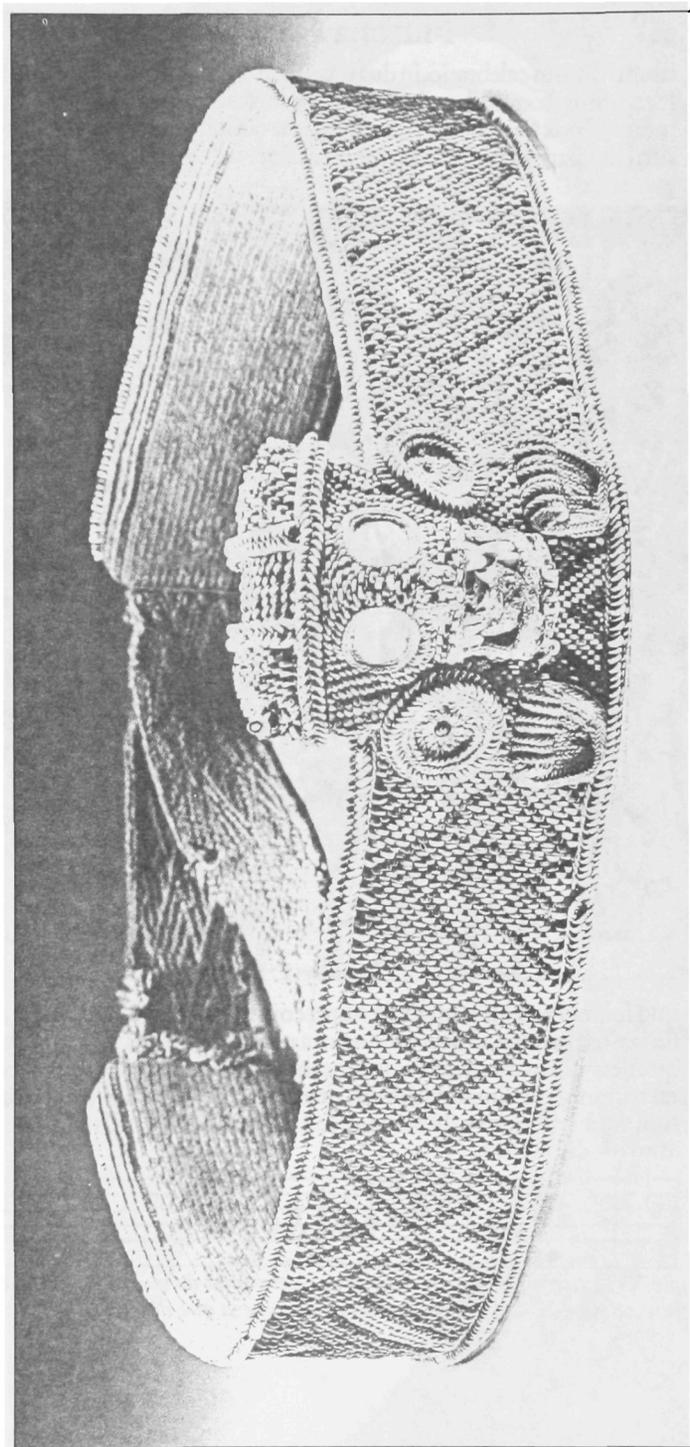
tuum istorum celebratio in duas horas producta est: viris illis continuo faltantibus, & cantillantibus. Conventus vero eorum adeo suavis erat, vt in expertis vix sit credibile, quam optime symphonia illa quadret. præsertim cum Barbari musicæ artis penitus sint ignari. Ac sane cum initio ali-



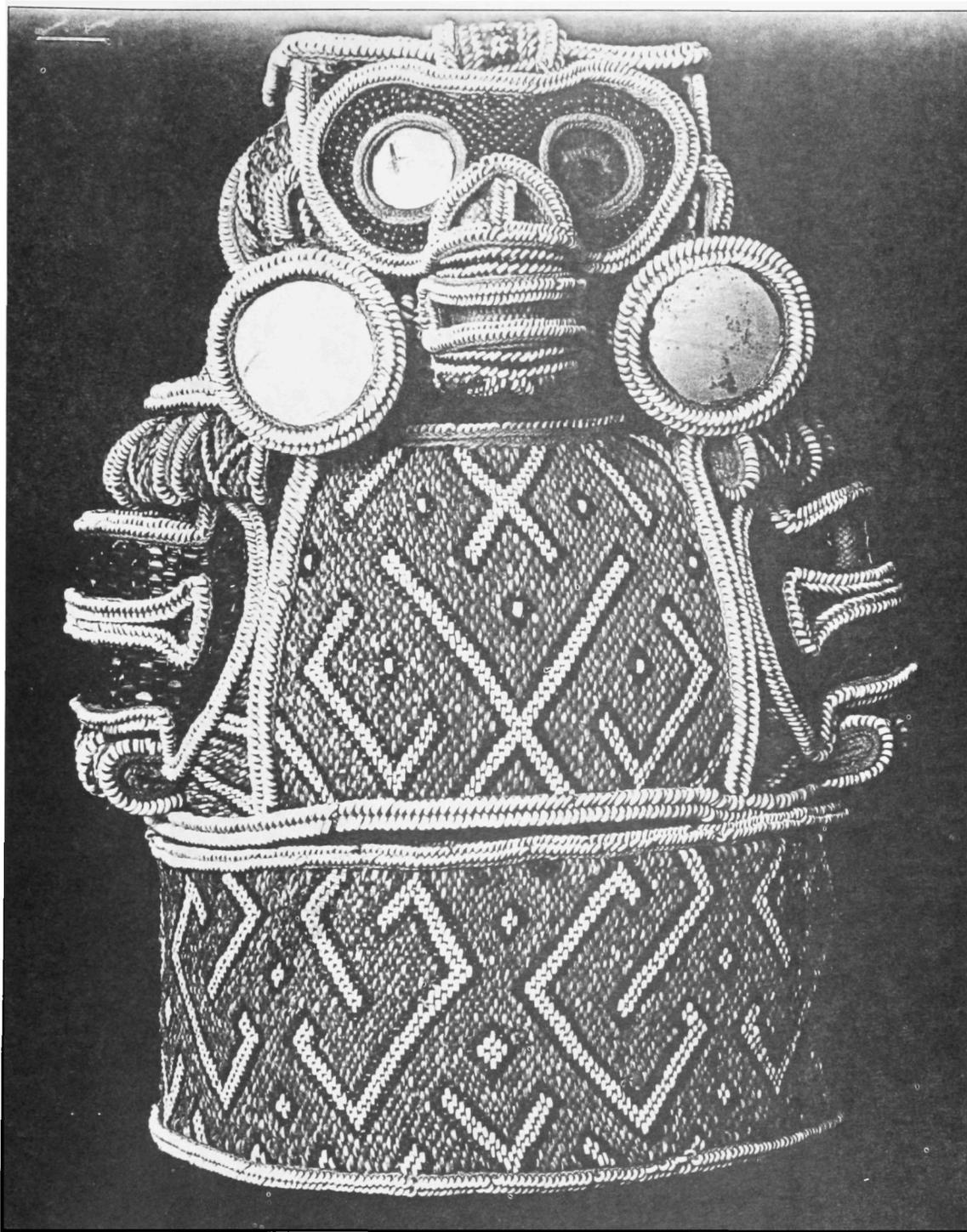
quo fuissem percussus metù, vt nupet commemorauì, contra tunc tanta fui lætitia perfusus, vt non modo extra me raptus fuerim: sed nunc etiam, quoties mihi in mentem venit concertus ille, & exultat animus, & eo aures continuo personare videntur, præsertim vero rhythmus epodium gratum auribus sonum exhibebat, quod post singulos versus ad hunc modum modulabantur.



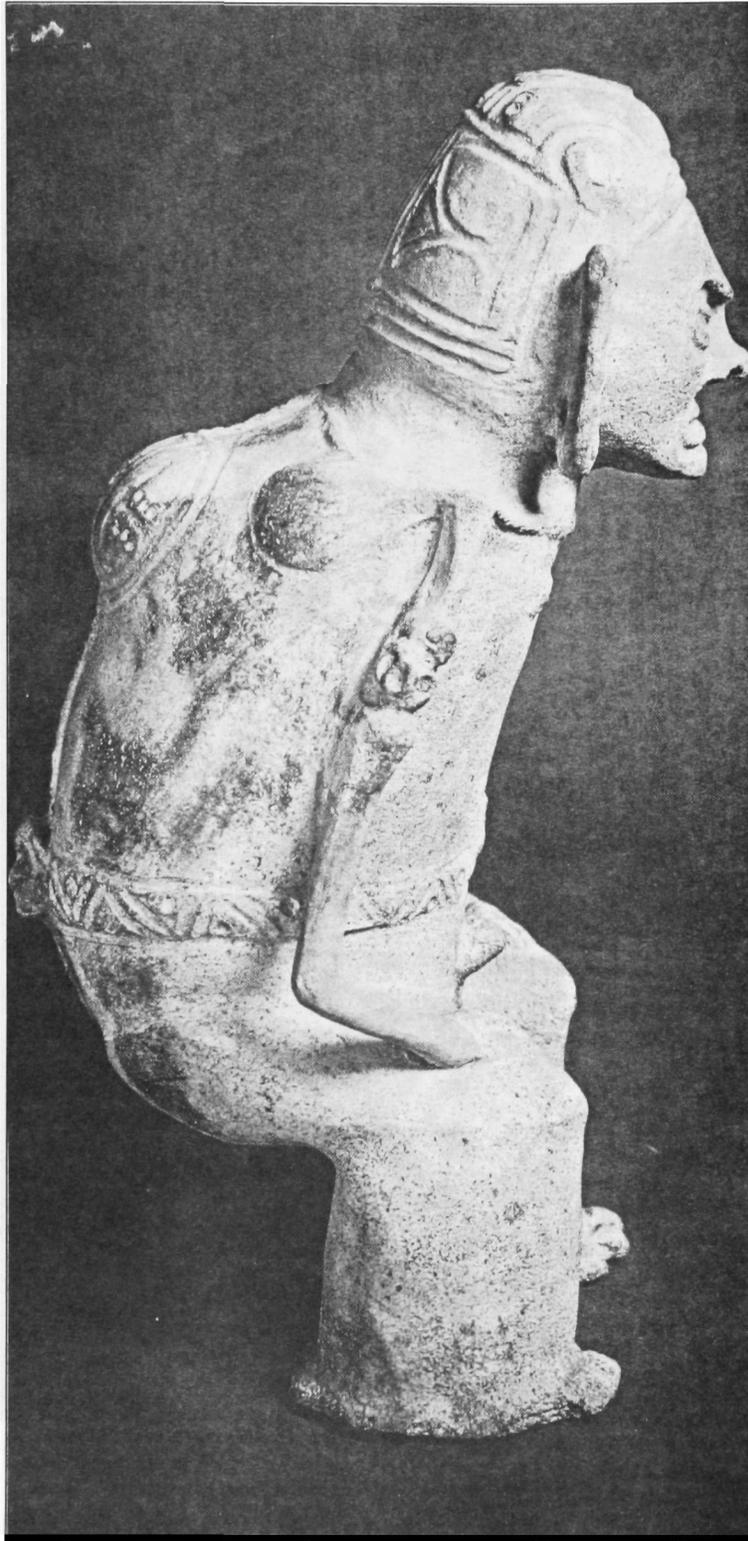
Grabado del siglo XVI ilustrando un areyto o acto ceremonial de los taínos de la Española. En él se muestran los ropajes de plumas y adornos de cabeza que describen los cronistas.



Cinturón de cacique con una guaiza o máscara. El cinturón de algodón tejido está enriquecido con millares de cuentas de diferentes colores.



Idolo-urna funeraria para conservar restos óseos de algún cacique o chamán taíno. Tejido con algodón y enriquecido con cuentas de concha de caracol. Las orejas y los ojos son de espejos europeos lo que demuestra que fue hecho después de 1492. La Española.



Vaso-efigie de barro mostrando algún personaje mítico y mostrando el uso de los cinturones de algodón tejido. Muestra un adorno de cabeza. La Española. Museo Americano de Historia Natural de Nueva York.



Inhalador de cojoba, representando una figura humana. Indudablemente tenía incrustaciones de oro en los ojos y en la boca. República Dominicana. Colección García-Arévalo.